

## CAPITULO XVIII.

Partida de Cuba.—Tempestad en el canal de Yucatán.—El viento y las corrientes separan los buques de la flota.—Llegada á Cozumel.

Una vez en el Cabo San Antonio, el jefe hizo revista del ejército y flota; dió instrucciones á los capitanes y pilotos de que, tomando rumbo á Cozumel, navegasen en conserva; y mandó izar la bandera española juntamente con el estandarte blanco y azul, cruz colorada y mote, que desde Santiago de Cuba había mandado hacer. Ordenó levar luego anclas, y la armada se despidió de las playas de Cuba, el 18 de Febrero de 1519.

El primer día, la navegación fué bonancible: pronto perdieron de vista la última faja cenicienta y brumosa de la tierra de Cuba, y entraron á plenas velas en el canal de Yucatán; pero en la noche se desató un terrible temporal; el viento arreció fieramente; la marejada creció; las luces de los buques se apagaron; y entre el ruido estruendoso de las olas, el estridente silbido del aire entre las jarcias, y la densa oscuridad de la noche, todos los pilotos se perdieron mutuamente de vista, é incapaces de gobernar el timón, dejaron ir sus naves á donde los embravecidos vientos y las corrientes insuperables quisieron arrojarlos. Todos, más que ménos, su-

frieron alguna avería; pero sobre todo el buque donde iba de capitán Francisco de Morla, al cual sólo su arrojo pudo salvar; porque fué tan recia la violencia del viento, y tan vigoroso empuje el de las olas, que, pasando éstas por encima del puente del navío, barrían con cuantos objetos encontraban. En uno de estos embates, un golpe de mar se llevó el timón, dejando así al navío como presa segura y próxima, de los conjurados elementos. Sin embargo, pudo resistir toda la noche, y cuando, al rayar el alba, la tempestad calmó, fué maravilla distinguir, no léjos, el desvencijado timón flotando sobre las ondas. Morla midió de una ojeada la grandeza del peligro y la vislumbre de esperanza que ante él surgía, y, sin titubear, se ató una soga al cuerpo, y se lanzó al nado en busca de su timón. El cielo coronó con el triunfo su abnegación, y pocos momentos despues salió á bordo exento de todo daño.<sup>1</sup>

Los buques desperdigados siguieron su camino; pero como todos los pilotos habían recibido instrucciones de arribar á Cozumel, tomaron este rumbo cuando el tiempo se lo permitió. Los cálculos, empero, fallaron á algunos, porque mientras unos llegaron á Cozumel, otros fueron á dar á Isla Mujeres, y entre éstos, el buque en que iba Cortés.<sup>2</sup> Conocido por éste el error, salió en breve con los demás buques llegados á Isla Mujeres, y, después de algunos días, se reunió con todos en Cozumel.

<sup>1</sup> Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 458.—Herrera, *Decada*, II, pág. 96.—Gomara, *Conquista de México*, en la *Biblioteca de autores españoles*, tomo XXII, pág. 302.

<sup>2</sup> Gomara, op. cit. pág. 302.

Allí habían llegado varios navíos, uno después de otro, y primero entre ellos, el de Pedro de Alvarado llamado San Sebastian.<sup>1</sup> Alvarado desembarcó en el mismo puerto donde Grijalva había desembarcado, pero se encontró con que toda la gente había huido: todo estaba solitario y desierto. Se internó á otro pueblo distante una legua de la costa, y observó que estaba igualmente despoblado: señal cierta de que los indígenas, por sistema, huían tan pronto como los españoles se presentaban. Esta vez, Alvarado anduvo examinando todo el pueblo, y cargó con algunas gallinas, ropa de algodón, y joyuelas de oro que encontró.<sup>2</sup> También cogió prisioneros en lo muy espeso de un monte, cuatro ó cinco mujeres con unos niños llenos de pavor, temiendo si los habían de matar; pero Alvarado se conformó con llevarlos al campamento y presentarlos á Cortés.

Estaba Cortés mal humorado cuando llegó á Cozumel, por los contratiempos sufridos, y también por haber llegado demasiado tarde: en parte atribuía la falta de unidad en la arribada á culpa del piloto Camacho de Triana, que se había anticipado, desobedeciendo sus instrucciones. Mandó, por esto, ponerle preso y con grillete; y luego reprendió ágricamente á Pedro de Alvarado, por haber osado apoderarse de bienes de la propiedad de los habitantes de Cozumel, diciendo, que no con tales procedimientos se habían de ganar el corazón de los indios, sino con el buen trato y respeto á sus pro-

1 Herrera, *Decada*, II, pág. 96.

2 Bernal Díaz del Castillo, *Conquista de Nueva España*, pág. 21.

piedades. Ordenó traer á su presencia á las indias detenidas, las cuales se presentaron llorando y asustadas: Cortés las consoló, mandó ponerlas en libertad, y les hizo explicar, por un intérprete, que no tuviesen miedo, que fuesen á llamar á sus paisanos, y especialmente á los caciques, y las obsequió con cuentas de vidrio.

## CAPITULO XIX.

El cacique de Cozumel.—Buen trato que da á Cortés.—Se continúa el viaje. Los españoles recalán á Isla Mujeres.—Siguen luego para Cabo Catoche.—El buque de Juan de Escalante empieza á hacer agua.—Retroceso á Cozumel.—Permanecen allí varios días reparando el buque averiado. Feliz encuentro con Jerónimo de Aguilar.

Al día siguiente, todo el campamento se pobló de indios visitantes, y el mismo cacique vino trayendo presentes de gallinas, pan de maíz, miel y frutas. El trato que de Cortés recibieron fué tan afable que todos se sintieron contentos, y permanecieron en el real con toda franqueza y gusto, como si en su propia casa estuvieran. Hicieron grande amistad con los españoles, y no sólo se entretuvieron con ellos en familiares comunicaciones, sino que les sirvieron provechosamente abasteciéndolos de miel y cera, de pan, pescado, frutas y caza esquisita. Horas enteras se pasaban los indios recreándose ya con las armaduras, ya con los vestidos, ora con los buques, y sobre todo con los caballos, que Cortés había hecho desembarcar con doble intención, tanto para infundir temor á los indios con aquellos animales nunca vistos, cuanto para repastarlos, pues con la travesía y tempestad habían padecido algo: venían fatigados, y bueno era que se refocilasen en las hermosas praderas de que la isla abundaba.

El cacique de Cozumel era joven, gallardo de cuerpo, y de bellas y varoniles facciones: agradable en la conversación, gentil en el gesto, obsequioso y servicial, reunía en sí un conjunto de prendas que le hacían simpático.<sup>1</sup> Se atrajo, pues, á Cortés, y éste se complacía en conversar con él por medio de su intérprete. En una de estas pláticas amistosas y sencillas, el joven cacique le contó que no lejos de allí, en la vecina costa de Yucatán, había cautivos algunos hombres que debían ser de su propio país, atendida la semejanza del rostro que entre él y ellos se distinguía. Picada la curiosidad de Cortés, se propuso averiguar quienes podrían ser aquellos desgraciados, y, tomando todos los datos que pudo conseguir, llamó á Diego de Ordáz, y le ordenó que se aprestase á partir á una comisión del servicio, pasando á la costa fronteriza en solicitud de varios cautivos españoles que se decía existían en el interior del país. Embarcó veinte ballesteros en los buques, y con ellos varios indios que debían servir de intermediarios para alcanzar la redención de los cautivos, proveyéndolos, con tal fin, de gran cantidad de cuentas de vidrio de diversos colores, camisas y otras bujerías: dióles, además, una carta que debían entregar á los cautivos, y en la cual los instaba á volver á su patria.

Ordaz recibió instrucciones de pegar á la costa oriental de Yucatán, desembarcar á los mensajeros, y esperar su vuelta ocho días. Cumplió exactamente Ordaz; pero, pasada la semana de espera sin que pareciesen mensajeros ni cautivos, se volvió á Co-

<sup>1</sup> Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 459.

zumel á dar cuenta del mal éxito de su expedición.

Tan malas nuevas apesadumbraron á Cortés, porque había alimentado la ilusión de librar del cautiverio á paisanos suyos, que, á su juicio, anhelarían por ver de nuevo el suelo de la patria. Sospechaba además que había comprometido la vida de aquellos desgraciados mensajeros, que al principio tanto miedo tuvieron de ir á Yucatán por temor de que los matasen, considerándolos como espías, y que él había reducido á fuerza de halagos y dádivas: le consolaba únicamente el pensamiento de la buena intención que le había guiado en la diligencia hecha para salvar á sus compatriotas. Hubiera todavía querido esperar algunos días más, pero lo infructuoso del paso dado le inclinaba á creer que no debía perder más tiempo en esperas que carecían de fundamento racional. Por otra parte, la inacción no podía convenir á su pequeña hueste, porque los navíos estaban ya reparados de sus averías, las provisiones se iban consumiendo, y todos esperaban con ansia la hora de partir para las maravillosas tierras, que, al pensar de los soldados, eran nunca vistas, ni traídas á la memoria de mucho tiempo atrás.

Cortés dió las órdenes de marcha: se embarcaron los caballos y la tropa, y, despidiéndose cordialmente de los habitantes de Cozumel, se hicieron á la vela con dirección á la costa de tierra firme, llevando como punto de mira el Cabo Catoche; mas los vientos, por la poca práctica de los lugares, hicieron que recalasen á Isla Mujeres.<sup>1</sup> Desembarcó

<sup>1</sup> Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 460.

allí, oyó misa en tierra con su ejército, y luego se volvió á embarcar con intención de doblar el Cabo Catoche.

Caminaban todos los buques en conserva, cuando desde uno de ellos se oyó la detonación de alarma de un cañón. Sobrecogidos quedaron de sorpresa y de terror, no acertando á imaginar qué clase de peligro anunciaba aquel cañonazo. Se distinguía el navío que lo había tirado, y era indudablemente el de Juan de Escalante: esta circunstancia aumentaba la angustia, porque este buque llevaba los bastimentos tan necesarios para toda la gente de la expedición. Acudieron de prisa á socorrerle, y especialmente Cortés, quien apenas llegó hasta ponerse al habla con Escalante, notó aun antes de que se lo dijeran, que el buque estaba haciendo agua y exigía pronta y eficaz reparación. Con la rapidez en resolver que le caracterizó siempre, Cortés comprendió que no había qué hacer sino volverse á Cozumel y allí reparar el barco, y, sin titubear, así lo resolvió. Hizo poner la señal de retroceder á Cozumel, y, con ella, todos los buques volvieron sobre sus pasos, y anclaron el mismo día en el puerto de San Juan de Cozumel.<sup>1</sup>

Con grande alborozo fueron recibidos por los indios, que no los esperaban tan pronto de vuelta; y, al saber el motivo de la recalada, mostrando sentimientos de amistad sincera, se pusieron á ayudar eficazmente á componer el buque, el cual, con tan oportunos auxilios, muy en breve quedó en estado de ponerse de nuevo en camino; pero, aunque Cor-

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 23.

tés quiso desde luego continuar el viaje, no pudo, porque vino una turbonada y se lo impidió.

Parecía que todas estas demoras estaban destinadas para salvar al desgraciado Jerónimo de Aguilar, uno de aquellos españoles que se hallaban en cautiverio en Yucatán, porque, pasada ya la turbonada, y listo para despedirse, en la siesta, cuando Cortés comía á bordo de su carabela, le anunciaron que se distinguía á lo lejos, por el lado del poniente, un punto blanco que parecía ser una embarcación de menor porte. Un buque viniendo de aquellas soledades era un acontecimiento para los españoles, que naturalmente fijaron todos la vista en el lado del horizonte por donde acababa de descubrirse: Cortés mismo se sentía aguijoneado de la curiosidad. La indecisión fué empero cesando por momentos; el buque se diseñaba perfectamente: era una canoa, y en ella venían cuatro individuos. El timonel dirigía con seguridad la barca rumbo á la isla, y era visible el propósito que los tripulantes tenían de desembarcar en la playa de Cozumel. ¿Eran acaso los mensajeros enviados en busca de Aguilar? ¿Era, por fortuna, el mismo Aguilar, salido del cautiverio? Pero no, no era esto posible: la tez cobriza de los tripulantes del buque no permitía tal suposición. Cortés, sin embargo, quería salir de la duda, y así, sin perder tiempo, ordenó á Andrés de Tapia que, tomando algunos soldados, bajase á la costa y se escondiese entre la maleza, por el lado por donde parecía iban á desembarcar, para que, al pisar tierra, cogidos inopinadamente, los hiciese prisioneros y se los trajese.

Tapia cumplió su comisión á las mil maravi-

llas: fué y se escondió entre los matorrales y médanos de la playa, y así, en cuclillas y con ojo avizor, permaneció hasta que los cuatro individuos de la canoa echaron confiados pié á tierra en una rincónada de la costa. Los cuatro hombres estaban en cueros, y apenas llevaban por decencia cierto cinturón con pampanilla, que por ambos lados colgaba: los cuatro de color bronceado oscuro; todos con largos cabellos; y sólo uno entre ellos se distinguía por la lengua barba que llevaba, y en la cual se notaban ya algunas canas. Ni aun siquiera habían pensado los viajeros qué camino tomar, cuando de improviso se vieron cercados por Tapia y su partida. Tres de ellos hicieron ademán de emprender la fuga atemorizados, casi despavoridos, para alejar su canoa; pero el de la larga barba con aire sereno, con emoción no escondida, los tranquilizó, y, volviéndose á los españoles, con acento conmovido les dijo: Señores, ¿sois cristianos? Ellos respondieron: cristianos somos. Pintar la emoción de unos y otros en este encuentro, no es fácil con la pluma; la imaginación sola puede adivinar algo de lo que pasó en el alma de Jerónimo de Aguilar al oír por primera vez, despues de tantos años de cautiverio, modular el habla castellana por amigos, por paisanos, por hombres de su misma raza, religión y costumbres, que iban á darle pronto noticias de la patria, del hogar, de todo lo que le era más caro en la vida, y cuyo recuerdo no se borraba de su memoria. Al oír pronunciar palabras castellanas, la agitación del ánimo le dejó mudo. Cayó en silencio de rodillas, y, en tanto que gruesas lágrimas de júbilo y de gratitud corrían por sus mejillas surcadas ya por algu-

nas arrugas, llevando los ojos al cielo, juntas las manos al pecho, daba gracias á Dios con un mudo, pero inefable lenguaje. Al fin veía colmadas sus esperanzas de volver á ver el cielo de la patria, por la cual tantos años había gemido.<sup>1</sup>

No fué menor el sobrecogimiento de Tapia y sus compañeros: atónitos contemplaron la oración del cautivo, y, acabada, Tapia, con estremecimiento de gozo y fraternidad le dió la mano, le levantó y le estrechó con efusión entre sus brazos. Lo mismo hicieron los demás soldados; y, presa todos del deseo vehemente de comunicar la fausta nueva á Cortés y á sus demás compañeros, corrieron alborozados llevando á Jerónimo de Aguilar á donde Cortés los esperaba.

Desde que los vieron venir, muchos se adelantaron, y á voces preguntaban quiénes eran los viajeros de la canoa, y si daban noticia de los españoles cautivos en Yucatán. Y cuando Tapia les respondía que con él venía uno de los cautivos, no le creían y lo tomaban á broma, porque no encontraban diferencia entre Jerónimo de Aguilar y los indios. En efecto, ¿quién hubiera sido capaz de reconocer al clérigo Jerónimo de Aguilar con aquella figura? Venía pelado á punta de tijera, á la usanza de los esclavos mayas; el color moreno natural se había oscurecido aun más con el ardor del clima y lo duro de los trabajos; y no llevaba más vestido que un antiguo braguero que le servía de pampanilla: sin el habla castellana, el breviario

<sup>1</sup> Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 460.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 23.—Gomara, op. cit. pág. 303.—Herrera, *Decada* II, pág. 98.

que fielmente conservaba envuelto en raída y sucia manta, y la barba larga y poblada, nadie le hubiera distinguido de los indios. Todos se holgaron de verle, de abrazarle, y de agasajarle, y, más que nadie, Cortés, quien al sentimiento natural de simpatía nacido del paisanaje, unía el gozo por la oportunidad del hallazgo para sus ulteriores planes. Contaba ya con otro intérprete, y más seguro que el indio Melchor: lo recibió con gran alegría, y se hizo contar menudamente la narración del naufragio y cautiverio que Aguilar se prestó á hacer con naturalidad y sencillez.

## CAPITULO XX.

Sale de nuevo la flota de Cozumel.—Otra tempestad.—Se extravía el buque de Escobar.—La flota ancla frente á Campeche, pero sin desembarcar en este puerto.—Continúa en busca de Escobar.—En Puerto de Términos encuentran las primeras noticias de Escobar.—Lo hallan al fin en Puerto Escondido.—Retroceden á Champotón.—Algunos soldados y oficiales pretenden desembarcar en Champotón.—Alaminos se opone y persuade á Cortés á seguir viaje.—Cortés cede fácilmente.

La alegría del encuentro de Aguilar no hizo que Cortés se olvidase de su partida, y el 4 de Marzo de 1519, salieron de Cozumel,<sup>2</sup> con las mismas instrucciones de navegar en conserva, con faroles por la noche y señales por el día, siguiendo el litoral de Yucatán.

Los primeros días, la navegación fué de completa bonanza; mas luego, una tarde, á la hora del crepúsculo, el cielo se cubrió de nubes negras y tempestuosas; la atmósfera se puso pesada; y, ántes que la noche cerrase, se desató una borrasca con viento desencadenado y recio y aguaceros incesantes; las luces se apagaron, y cada buque quedó entregado al solo esfuerzo de sus propios tripulantes. Por dicha, no duró largo tiempo, porque, pasada la media noche, amainó el viento: al amanecer había recobrado el cielo su serenidad, y los buques se distinguían, saludándose recíprocamente sus tri-

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 24.

pulantes. No obstante faltaba uno, y era el de Escobar, al cual probablemente los vientos habían arrojado demasiado lejos en alta mar, ó bien le habían hecho encallar en la costa.

Navegaron lentamente hasta el medio día, y, viendo que el buque perdido no parecía, dió orden Cortés á los pilotos de los bergantines que navegasen acercándose lo más posible á la costa, y entrasen en la boca de los ríos y caletas por ver si hallaban al buque extraviado. Siguieron en esta forma su derrotero hasta llegar á la bahía de Campeche, en donde fondearon; pero sin desembarcar, porque esa vez la bahía carecía de agua suficiente, y temieron quedarse varados, á merced de los indios.<sup>1</sup>

Siguiendo luego el mismo rumbo de las anteriores expediciones, llegaron á Puerto de Términos. Allí mandó Cortés que bajasen á tierra, en un bote, diez ballesteros, con el fin de que registrasen el lugar, y viesen si encontraban alguna noticia de Escobar, que á su parecer debía haber pasado por aquellos lugares. Hallaron los árboles desgajados y una carta que dió noticia cierta del buque perdido; pero quedando siempre en la obscuridad acerca de su existencia, porque Escobar no expresaba en la carta el rumbo que había tomado, y se conformaba con dar noticias de la isla de Términos y de la abundante caza que en ella había. Perplejo Cortés sobre la conducta que en estas circunstancias convenía, recibió con agrado la oportuna indicación que le hizo el piloto Antón de Alaminos. Insinuaba éste que Escobar no debía andar lejos, porque

<sup>1</sup> Gomara, op. cit. pág. 306.

soplaba el viento sureste y debía haber salido al alta mar, y, para no alejarse, estar navegando á la orza. Fué como supuso Alaminos, pues, saliendo también al alta mar, y luego, poniendo la proa hacia el sueste, no tardaron mucho en distinguir un puerto bastante abrigado; y, entrando en él, encontraron con sorpresa, que allí estaba Escobar guarecido, en espera de sus compañeros. Cortés puso á este puerto el nombre de «Puerto Escondido.»<sup>1</sup>

No fué poca la alegría que recibieron unos y otros: Escobar, porque al fin se juntaba con su jefe; Cortés, porque en momentos de perder toda esperanza, daba con el perdido buque. Escobar dió cuenta de cómo había pasado aquellos días, y porqué no había permanecido en Puerto de Términos. Satisfecho Cortés, siguieron los buques caminando por el sueste, y vinieron á quedar en frente de Champotón,<sup>2</sup> donde fondearon. Cortés manifestó deseos de bajar á tierra para dar una lección á los indios, y vengar la derrota de Hernández de Córdova; mas parece que el propósito no era muy decidido, cuando tan ligeramente desistió de él, á la primera oposición que encontró. El piloto Alaminos hizo observar que el puerto era malo, y muy perjudicial, para concluir el viaje, desperdiciar el buen tiempo que gozaban; y que así, pensaba que lo más discreto era volver la proa hacia el oeste, y terminar cuanto ántes, para volver á Cuba. No fué parte á disuadirle el ardor de muchos soldados, principalmente los que habían pertenecido á las anteriores expediciones, y que mostraban vehementes

<sup>1</sup> Probablemente era el mismo Puerto Deseado, adonde aportó Grijalva.  
<sup>2</sup> Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 25.

deseos de escarmentar á los de Champotón. El viejo piloto insistió en su opinión, y en disuadir á Cortés, quien no se hizo mucho de rogar para rendirse á su razonamiento; y mostró esta vez que persistía en el pensamiento que comunicó á Jerónimo de Aguilar cuando le invitaba á conquistar á Yucatán, pues, según dijo, “no venía para tan pocas cosas, sino para servir á Dios y al Rey.” Consideraba, indigno de su persona ocuparse en la conquista de Yucatán, y esto hace presumir que desde entónces se empezó á traslucir que este país era pobre y de pocas esperanzas para la ambición de jefes principales.



## CAPITULO XXI.

Llegada al río Grijalva.—Desembarque en la punta de los Palmares.—Combate en Centla.—Cortés funda la villa de Nuestra Señora de la Victoria.—Paz y amistad entre españoles y tabasqueños.—Cortés continúa su viaje á Veracruz, y emprende la conquista de México.

Cambiando su derrota, tomaron rumbo hacia las costas de Tabasco, y, el 12 de Marzo de 1519, surgieron, echando anclas frente á la barra del río Grijalva; pero no se atrevieron á cruzarla, porque la hallaron baja y atormentada por los remolinos que forma el río al desembocar en la mar. Prefirió Cortés dejar los buques de mayor calado en la mar, y embarcar una parte de su tropa en botes y en los bergantines de poco porte. Así subieron el río hasta llegar á la punta de los Palmares, distante media legua del pueblo de Tabasco. En este lugar, desembarcaron con gran dificultad, por lo quebrado del barranco. Desde allí se divisaba perfectamente el cercano pueblo con sus casas de adobe y techumbre de paja. Notábase también que sus habitantes estaban solevantados, pues se veía una muralla ó cerca de madera con almenas y troneras para flechar y tirar piedras y varas; y si alguna duda pudiera caber del espíritu hostil que los animaba, se desvanecía con la vista de canoas armadas en gue-

rra, que hormigueaban en lontananza. Cuando estas canoas estuvieron al alcance de la voz, Cortés se esforzó en hacerles señales de paz, y les hizo decir, por medio del intérprete Aguilar, que no venía á hacerles la guerra; mas los indios, con ademanes y gestos de furor, se mostraban irritados, é intimaban á los invasores para que desanduviesen camino, amenazándolos si persistían en subir el río. Cortés insistía en que venía de paz, y, en prueba, les pedía provisiones de boca; y los indios, con deseo de librarse de la invasión, acudieron al punto con bastimento de maíz, pan, frutas y gallinas, y, al presentarlo, suplicaban á Cortés que no insistiese en llegar al pueblo.<sup>1</sup>

Cortés, no obstante, tenía ya determinado reconocer la población, y les contestaba con evasivas. Desde luego comprendieron los indios cuál era la resolución de Cortés, y, sagaces, se propusieron entonces ganar tiempo para poner en resguardo sus bienes y familias y aprestarse á hacer tenáz resistencia. Suplicaron á Cortés que esperase al día siguiente, y que le traerían mayores bastimentos, ya que los ofrecidos, según expresaba, no eran suficientes. Cortés, no menos perspicaz que sus contendientes, fingió ceder á la súplica, y esperar al día siguiente las provisiones ofrecidas; mas, en tanto que los tabasqueños aprovechaban la noche en alistarse para el ataque, él saltó con su gente en una isleta que hacía el río; hizo traer toda la gente de los navíos; mandó practicar reconocimientos río arriba, y

<sup>1</sup> Gomara, op. cit. pág. 306.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 26. Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 471.

puso emboscadas.

Al amanecer el día 24 de Marzo de 1519, ya todo estaba listo para el ataque; y, con objeto de explorar el campo, envió Cortés á Pedro de Alvarado con cien infantes, por un lado; y por otro, á Francisco de Lugo, con otros ciento. Todo el terreno era fangoso y el bosque intrincado; pero su misma escabrosidad parecía que estimulaba á los intrépidos castellanos. Los dos capitanes llevaron instrucción de no avanzar más de dos leguas del campamento, y de que, al caer de la tarde, se retirasen para volver á dormir al real. Se internaron las dos compañías en el bosque, y la de Lugo, como una legua distante del campamento, se vió repentinamente cercada de escuadrones de indios flecheros que semejaban como densas y negras nubes. Apenas los españoles habían distinguido aquella multitud de enemigos, cuando fueron abrumados por flechas, piedras, y varas que sobre ellos caían. Continuar adelante era un imposible, y lo único practicable era batirse en retirada: así empezó á ponerlo por obra Lugo sin más demora; pero antes, con toda rapidéz, hizo salir un indio de Cuba para que se volviese al campamento y avisase á Cortés del duro trance en que se hallaba. Y muy en sazón tomó esta medida, porque apenas el diestro corredor cubano había desaparecido entre la maleza, cuando Francisco de Lugo notó que no podía ni aun practicar la retirada, sitiado como estaba por todos lados. Se hizo fuerte en el lugar, y se propuso resistir los ataques hasta que llegase el auxilio que había pedido. Formó en escuadrón sus ballesteros, y unas veces á la defensiva, y otras arremetiendo con denuedo, se sostuvo

contra la inmensa multitud que quería hacerle pedazos.<sup>1</sup>

Por su parte, Alvarado, que andaba en la dificultad de vadear un estero, oyó el estrépito de la pelea, y, guiándose por el estampido de los tiros de ballesta, se fué aproximando al lugar de la refriega, pensando que Lugo debería estar muy comprometido, á juzgar por lo nutrido del fuego. No pudo llegar más á tiempo este auxilio, porque Lugo, con su gente cansada de batirse, casi no podía ya detener el ímpetu de sus agresores, pero, reforzado con los soldados de refresco que llegaban, pudieron romper el sitio, y, unidas ambas compañías, batirse en retirada, y llegar al campamento, en momentos en que Cortés también acababa de rechazar otra embestida vigorosa que los tabasqueños le habían dado. La refriega costó á los españoles un muerto y ocho heridos.

Comprendió Cortés por este combate que tenía que habérselas con gente valiente y atrevida, dispuesta á luchar palmo á palmo; y, por lo mismo, se decidió á ganar al día siguiente una completa y ejemplar victoria.

Amaneció el 25 de Marzo de 1519, y ya tenía apercibida su tropa de las tres armas: infantería, artillería y caballería. Escogió para la caballería á los mejores ginetes tales como Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, y él mismo se puso á su cabeza. Mandó que colocasen á los caballos cinchas de cascabeles, y que las cargas de caballería se diesen con brío é impetuosidad, sin pa-

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 27.

rarse á lancear á los indios, sino que les pasasen las lanzas por los rostros, con el objeto de que el arranque de los caballos desbarátase y atemorizase los escuadrones de indios, para ponerlos en fuga. El mando de la infantería tocó á Diego de Ordáz; y la dirección inmediata de la artillería, al artillero Mesa, que en Italia se había distinguido.

Se prepararon para la batalla oyendo la misa que dijo el padre Olmedo, y, concluída, se pusieron en marcha en busca del enemigo. No tardaron en encontrarlo, que parece también había despertado ganoso de combatir; y, á distancia como de una legua, en un llano; junto á una aldea llamada Centla, se encontraron los dos ejércitos, y se empeñó sangrienta batalla.

La aldea de Centla estaba rodeada de dilatadas sabanas, surcadas por innumerables senderos. Los indios en número inmenso, con las caras pintadas de rojo, blanco y negro, y armados de flechas, de hondas y montantes, acudían de todos los rumbos, y se arrojaban sobre los españoles en grandes escuadrones, como leones furiosos y sin miedo. Fué tan violenta la primera embestida que más de setenta españoles quedaron heridos; pero el mismo arrojamiento de los indios y valor con que se aproximaban hasta quedar los combatientes con las lanzas y espadas pie con pie, proporcionó á los españoles coyuntura para defenderse, pues encontrando á los enemigos tan cercanos, los desbarrigaban á centenares con sus espadas, y, con los proyectiles de sus ballestas y esmeriles, los hacían caer hechos pedazos.

Conociendo el daño los indios, se apartaron un tanto, pero sin cesar de flechar; antes, resguardán-

dose entre el follage, proseguían con saña la lucha. En vano Mesa con sus artilleros sembraba el suelo de cadáveres: el número de los combatientes, en vez de disminuir, parecía multiplicarse y brotar de las sabanas circunvecinas cubiertas de ciénagas, acequias y arroyuelos. Ordaz con sus infantes no podía adelantar un paso, porque contra cada soldado suyo, había trescientos indios: no quedaba para él más salvación sino la llegada de Cortés con la caballería, y Cortés, sin embargo, tardaba, demorado en vadear una ciénaga, en medio de los ataques de pelotones de indios que le molestaban sin cesar.

A pesar de este obstáculo, Cortés venía aguijoneado por el estruendo de la batalla que se repercutía en sus oídos, haciéndole adivinar el aprieto en que sus compañeros se encontraban. Al fin, pudo cruzar la ciénaga, y, aprovechando la condición de tener buenos jinetes con caballos revueltos y corredores, se dirigió con toda velocidad y violencia al punto de donde oía el ruido del combate. Asomó con sus jinetes muy oportunamente, á retaguardia de los tabasqueños, quienes entregados sin aliento á batir á Ordaz, no sintieron la aproximación de la caballería, sino cuando la tenían alanceándoles las espaldas. Cortés dió una carga abierta contra los escuadrones de los indios, al mismo tiempo que Ordaz, alentado por la aparición de Cortés, cerró por el otro lado, firme y decisivamente.

Los tabasqueños, cogidos así de improviso entre dos fuegos, y espantados con la vista de los jinetes, que suponían como si formasen un solo cuerpo caballo y caballero, no pensaron sino en emprender precipitada fuga, escapándose por todos la-

dos, ciscándose de miedo cerval, y en completa derrota. La carnicería fué espantosa, pues en una hora que duró la batalla, quedó el campo sembrado de más de ochocientos cadáveres<sup>1</sup> de indios, y cuando, después de concluída, pudo pasearse el campo, todavía se escuchaban los quejidos y lamentos de los heridos que agonizaban sin consuelo y sin alivio.

Apenas concluída, allí mismo, á la sombra de unos árboles, Cortés y sus compañeros rindieron gracias á Dios por la señalada victoria que acababan de alcanzar; y como era día de Nuestra Señora de la Encarnación, en remembranza se fundó la ciudad de «Santa María de la Victoria.»<sup>2</sup>

Los indios quedaron escarmentados con tanto estrago, y resueltos á tratar de paz. Al día siguiente, se presentaron en el real de Cortés cuarenta indios viejos y principales. Traían un buen presente de gallinas, pavos, pan, frutas, cacao, joyas de oro, y quince ó veinte mujeres para que guisasen la comida, é hiciesen el pan de maíz á los españoles. Fueron recibidos por Cortés con agasajo, y para mayor muestra que quiso darles de su propósito de no querer asolar el país, mandó poner en libertad á los prisioneros que había hecho, y entre ellos, á algunos que, heridos, había mandado curar como á sus propios soldados. Quedó luego establecida la amistad entre indios y españoles, juzgándose estos, desde entonces, en posesión de los territorios de Tabas-

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo.—Las Casas refiere que los muertos ascendieron á treinta mil; pero evidentemente hay en esto exageración inverosímil.

<sup>2</sup> La villa de Santa María de la Victoria estaba en un placel que se hace de la parte del norte, y sobre un brazo del río que va á un pueblo que se dice Taxagual—*Relación del Cabildo de Santa María de la Victoria á S. M.*

co, y á sus habitantes como súbditos del rey de España.

Quedaron, en efecto amigos, porque continuaron en pláticas, regalos, y conversaciones, y, en uno de los últimos días de Marzo de 1518, vinieron con gran pompa y solemnidad todos los caciques y principales á saludar á Cortés. Como este día había preparada una gran solemnidad, se reunieron todos en un patio donde tenían puesto un altar, y allí el padre Olmedo predicó, por medio de intérprete, y, como domingo de Ramos, se verificó una devota procesión: semejante solemnidad fué como de despedida, pues al siguiente día, lunes santo, se embarcó Cortés, rumbo á Veraacruz, para conquistar el gran imperio de Moctezuma.